



EDITORIAL

¿MODELO COMPETITIVO O MATRIZ COLABORATIVA?

Pandemia, crisis económica y social. Caída de la industria. Vacunas. Esperanza. Momento para reflexionar acerca de los beneficios y de los problemas que genera un mundo productivo competitivo: concentración de la riqueza, pobreza necesaria para mano de obra barata, exclusión social, contaminación. Como un perro que se muerde la cola, cae el consumo. Créditos para pagar deudas. Más pobreza.

No es un planteo esquemático o remanido, es la materialización de un mundo concebido bajo criterios de acumulación, competencia, negación de derechos, violencia y apropiación indebida.

Frente a esta realidad, el debate de fondo está en si seguimos con el viejo esquema capitalista que necesita de pobreza estructural sometida —sin educación, sin salud ni viviendas dignas, y sin conectividad— y que, a su vez, precisa de una clase media que esté seducida con mejores condiciones de vida, para continuar con el consumo de *chatarra* a gran escala.

Es imperante pensar otra matriz productiva que sea solidaria, inclusiva y compasiva. Adecuada a las verdaderas necesidades del mundo. Ecológica. Centralmente colaborativa: que cuide el ambiente, desestime el consumismo y aliente la responsabilidad respecto a los residuos para reducir, reciclar, reutilizar. Básicamente, con la gente adentro.

Una matriz productiva como el cooperativismo sería una variante posible para un mejor reparto de los beneficios a fin de fortalecer un desarrollo local que sea respetuoso de la cultura regional y de las personas.

Sería también, el momento apropiado para reflexionar acerca de la industria en sí: ¿podríamos repensar el concepto de industria; acuñar un término propio, regional, nuevo? ¿Qué pasaría si admitimos que cualquier producción recorre una serie de decisiones (qué, cómo, con qué, para qué y para quién), y que eso ocurre siempre? Si esto puede aplicarse a todo tipo de producciones y si se considera que, además de la comercialización y el consumo, esa producción está pensada y realizada para obtener un beneficio económico, ¿por qué no entenderlo como una forma de industria? ¿De cuántos productos? ¿Muy mecanizados o menos mecanizados? ¿Cuál es el concepto que la define?



Sin dudas en los interrogantes sobre qué, cómo, con qué, para qué y para quién está la clave. Porque esa toma de decisiones es diseño, en cualquier área. Entonces, ahí está la llave que abre otro panorama, porque desde esas preguntas podemos decidir sobre los materiales renovables o no; los procedimientos sustentables o no; los destinos como soluciones reales a viejos problemas o más de lo mismo y los tratamientos de los residuos, reciclables o contaminantes.

Si el planeta está en peligro, la humanidad está en peligro, y es claro que los conceptos *tradicionales* de producción, solamente, produjeron miseria y malas condiciones de vida para muchos y confort y riqueza concentrada para pocos. Es momento de pensar en cambios.

Esos conceptos deben reemplazarse por los valores fundados en la humanidad y no en las máquinas. El verdadero progreso es una vida de derechos garantizados con justicia, con respeto, con amor y con trabajo para todos y todas. Es necesario volver a pensar cómo hacemos, cómo vivimos nuestras vidas. Se vuelve urgente salir de la tiranía de la sobreoferta que produce infelicidad y pobreza. Pensemos otras maneras de producir lo que necesitamos, responsablemente. Pensemos también cómo facilitar la reducción, reutilización y reciclado de residuos, para disminuir la contaminación.

Para eso hay que animarse a mutar del modelo competitivo a otra matriz.

Una matriz productiva nueva, colaborativa, solidaria y más humana. Más nuestra.

DI Ana Bocos
Directora de Tableros